

## EL LAGO CORRIB (Otoño)

7°- 8°

No lejos del Lago Corrib, en el condado de Galway, vivía una joven pareja, Cormac y Marie, que se amaban tiernamente y cuya felicidad parecía no tener obstáculos. Su boda ya estaba fijada cuando un día, de repente, Marie desapareció sin que nadie supiera adónde. Había salido y no regresó a casa a la hora habitual por la noche. Sus padres, con una preocupación y angustia que crecía cada minuto, esperaron en vano toda la noche, y ni siquiera la luz de la mañana trajo de vuelta a su amada hija. Perdieron toda esperanza, y el dolor que los consumía se agravaba al pensar que una caída en un abismo o alguna otra muerte trágica y dolorosa había puesto fin a su joven vida.

*¿Quién puede describir el dolor y la desesperación de Cormac?*

Vagó por todas partes, buscó en los lugares más ocultos e inaccesibles, pero parecía que, incluso si los bosques y los campos, los árboles, las flores y las piedras hubieran podido hablar, no habrían sabido decir nada de ella; ningún ser vivo la había visto, y todo rastro de su existencia había desaparecido.

A partir de entonces, cada noche salía hacia el Lago Corrib, se sentaba en las rocas de la orilla, donde los pensamientos más salvajes y tristes, la rabia loca y un entumecimiento sin vida se apoderaban alternativamente de su alma, sumiéndola en una confusión cada vez más profunda.

*-¡No, no está muerta!", exclamaba, "ella vive; la oscura tumba no desea a esta paloma pura, blanca como la nieve e inocente, sin pecado; la muerte solo busca a aquellos cuya alma necesita ser purificada. Ella vive aquí, bajo las aguas del Corrib; en cada ola que pasa, escucho su voz y reconozco las canciones que yo mismo le enseñé. Fría es la roca donde me siento, los vientos helados me rozan, la niebla cubre las aguas oscuras, ¡pero su corazón es aún más frío! ¿Por qué no regresa conmigo? ¡Ay! ¡Palabras mágicas terribles y crueles la mantienen cautiva!".*

Una vez, el lago estaba en la más profunda calma. Solo una única ola blanca se deslizaba suavemente sobre su superficie. Se acercaba cada vez más hasta llegar al lugar donde Cormac estaba sentado. Entonces, le pareció que de ella surgía una procesión de figuras maravillosas. La

luna llena brillaba tan intensamente que podía distinguirlas con claridad, aunque las figuras eran tan delicadas y etéreas que la luz de la luna las atravesaba sin obstáculos. Delante de ellas ondeaba una bandera, seguida por un largo desfile de guerreros con armaduras espléndidas; cascos y lanzas brillaban con un resplandor cegador, y era evidente cómo su reflejo temblaba en la superficie del agua, moviéndose constantemente de un lado a otro. Montaban caballos adornados que ascendían por ese camino sin huellas, encabritándose con fiereza, mientras sobre sus cabezas flotaban vapores ondeantes cuyos bordes brillaban con los colores del arcoíris. Si una brisa ligera los rozaba, se desprendían destellos iridiscentes que temblaban en la corriente suave del aire. No había silencio; surgía un canto lento y solemne, cuyas notas, de una dulzura indescriptible, crecían suaves pero poderosas. Al compás de esta música, toda la alegre procesión se movía con gracia y ligereza.

Cormac se quedó mirando la aparición; sus sentidos aturdidos no sabían si estaba engañándose a sí mismo con este espejismo o si realmente bailaba ante él al ritmo de la música, elevándose en éxtasis y luego desvaneciéndose, como burlándose de él.

Finalmente, reuniendo valor, gritó con voz fuerte:

*-¡Cristo, salva su alma!",*

y apenas había pronunciado el nombre sagrado cuando un aullido terrible y gritos demoníacos respondieron, y toda la visión desapareció. A su lado, en la orilla, estaba Marie, más hermosa que nunca, liberada por esa palabra de todo poder mágico y devuelta a él para una nueva vida y un nuevo amor.

Aportación de La Comunidad de Cristianos